CAPITULO II.

De como el tio Blas y la señora Fermina convirtieron en proyectiles los utensilios de la cocina.

I.

Estamos en la hacienda Chichihualco, propiedad del Sr. D. Leonardo Bravo, cuya numerosa familia se encuentra reunida con motivo del casamiento del joven D. Nicolás.

La *hacienda* está llena de gente venida de Chilpancingo y pueblos comarcanos, porque los Sres. Bravos son gente de pró y gozan de una grande influencia en aquellos terrenos.

Dos ó tres músicas de viento tocan en el patio, y una de cuerda en la sala principal, lanzando al viento sonatas tan alegres, que resplandece el gozo en todos los semblantes.

La novia es una muchacha guapa, graciosa, y pertenece á una de las familias mas distinguidas de Chilapa; es hija del comandante de realistas Guevara, se llama Margarita.

Del novio nada decimos, buen mozo, apuesto, valiente, y caballero entre los caballeros. D. Nicolás está ufano con su prometida, y su alma comienza á inundarse con la luz apacible y bienhechora de la *luna de miel.*

Escusamos advertir que los jóvenes esposos, que acababan de recibír las benediciones nupciales, no se ocupan de aquel mundo que los rodea, y están entregados á la ternura de sus amores.

—Que bella estás, Margarita.

—Nunca me has parecido mas simpático, mi cariño ha crecido hacia tí de una manera inexplicable.

—El mío no tiene límites.

—Qué placer, poderte llamar mío, solamente mío.

—¡Yo estoy loco!

—¡Y yo te idolatro!

Estos diálogos serán familiares á nuestros lectores siempre que hayan doblado su cuello al yugo matrimonial; diálogos amorosos; esperanzas soñadas en ese día espléndido de felicidad.

¡Parece que el horizonte de la vida se ensancha, que el alma se dilata como el océano hasta tocarse con el cielo!

—Niño don Nicolás, dijo un viejo *ranchero,* que atravesó entre la concurrencia con la mayor pasta del mundo, ha llegado un amigo de su merced.

—Que pase en el acto, hoy recibo á todo el mundo, quiero que mis amigos sean testigos de mi felicidad.

—¿Ya sabe su merced quién es?

—No, pero eso importa poco, dile que voy á darle un abrazo muy estrecho.

—¿Pero sabe su merced, insistió el tío Blas, quién es ese caballero?

—Vamos tío Blas, que me estás impacientando.

—Es que...

—¡Con mil demonios, revienta!... Perdóname, esposa mía, pero la sorna de este hombre me molesta.

—Es que...

—Vamos, este hombre quiere decirme algo, vuelvo dentro un instante, no ceses de pensar en mí.

—Nicolás, yo no acostumbro olvidarte.

Don Nicolás besó la mano de su esposa, y se acercó al tío Blas, que le volvió la espalda, y se echó á andar fuera de la sala.

—Este es un viejo misterioso, murmuró el joven.

Luego que el tío Blas estuvo en el corredor, se acercó al oído de Bravo, y procurando ahogar su voz, le dijo: el amo don Hermenegildo Galeana acaba de llegar á la *Hacienda.*

—Se vá á armar una de todos los diablos: mira *tío,* hazle entrar en las piezas de mi padre, y dile que yo iré mas tarde, que no me separo de aquí por no dar en que sospechar.

—Está bien.

El viejo *caporal* se fué al encuentro de don Hermenegildo Galeana, y le dijo secamente:

—Sígame su merced.

El viajero obedeció, y conducido por su guía llegó hasta la habitación de don Leonardo.

—Que espere su merced al amo don Nicolás, que está acabando de hablar, salvo la grosería, con su esposa y resto de concurrencia.

—Está bien.

—Y si su merced quiere tomar un bocado, se le sacará al instante, porque aunque yo soy un bruto después de su merced, sé lo que debe hacerse con los amos que tienen tantas educaciones.

—Será mas tarde.

—Como su merced lo determine, porque aquí desde las béstias hasta el administrador obedecemos á todos los señores caballeros.

—Está bien.

—Y servimos tanto á los que andan en la *América,* como á los *realistas.*

—Y hablando de otro asunto, no sabe el tío Blas el estado de la plaza de Chilpancingo?

—¡Pues no! el domingo estuve en la plaza, los *aparejos* están caros, y lo que es por lo tocante á las semillas hay muchas, los amos las guardan, porque dicen que se espera sitio.

—¿Y hay mucha tropa?

—Tocante á eso no le podré decir á su merced, porque los soldados no asoman ni las narices, y el que pregunta sobre algo de los tumultos del señor Morelos, lo amarran como un cohete, y no se vuelve á saber su paradero: así es que por lo que respecta, nada sé ni nada pregunto.

—Está bien.

—Con permiso.

El tío Blas se retiró muy satisfecho de su conversación.

El tío Blas era un antiguo vaquero de la Hacienda de Chichihualco; había pasado su vida en las labores del campo, y á esas fechas ya estaba jubilado. Era un viejecito de setenta años, pequeño y encorvado, sus piernas formaban un perfecto paréntesis, sus manos eran toscas y callosas, jamás les había tocado el jabon.

El tío Blas tenía una trenza apelmazada, el peine no había llegado á sus noticias; usaba como la gente del campo, calzon de cuero, bota de campana, cotona, manga azul con dragona negra y flecos, sombrero de palma, y zapatón de ala.

El tío Blas era casado en terceras nupcias con la señora Fermina, mujer perspicaz y de inteligencia; habían tenido dos hijos, un varón y una *hembrita* preciosísima, que á la razón contaba diez y seis Abriles y treinta y dos enamoradas.

El mancebo se llamaba Jacinto, era todo un buen mozo, su frente ancha, su nariz correcta, boca pequeña con una dentadura blanca y terriblemente fuerte, cortaba un *mecate* á la primera dentellada; su cuerpo era robusto, y toda su contestura revelaba fuerza y vigor. Jacinto tenía una mirada particular, jamás la dirigía directamente al objeto que trataba de examinar, sus visuales eran oblicuos, veía *de lado* como dice el vulgo (el vulgo somos nosostros.)

Los ojos son el espejo del alma: sentado este principio, Jacinto tenía el alma atravesada.

Luz era una morena de ojos negros como la noche, bañados de una expresión tiernísima de sentimiento, y formaba el todo de aquel rostro hechicero: la nariz recta y un tanto pequeña, los labios de granate y un cútis arrosado como la hoja de una rosa de Castilla. La garganta torneada, y unos hombros que se escapaban de la camisa blanca como la nieve, eran dignos del estudio de un escultor, la mano pequeñita y pálida en su reves, como las azucenas, con remates de los dedos teñidos de un suave carmin, el pié ton pequeño como el de eaas ninfas que nos dibuja Cordero meciéndose en las amahacas á la sombra de las frondosas y tendidas hojas del plátano.

Luz tenía un cuerpo pequeño y una cintura de abeja, que se ocultaba bajo la mata de cabellos negros, que caía en rizos cuando la joven venía de empaparla en el río cristalino que atraviesa en ondas de plata por la Hacienda de Chichihualco.

El tío Blas idolatraba á su hija, y arrimaba unas tranquizas de lo lindo á Jacinto, que despuntaba en calavera.

La tía Fermina adoraba á su hijo y reñía de contínuo á Luz, llamándole la remilgada, porque su cútis delicado se estropeaba al hacer las labores y faenas de la casa: de esta contradicción resultaba una reyerta matrimonial que acababa en tragedia: el tío Blas daba un muletazo á su esposa, esta naturalmente envíaba sobre la respetable persona de su cónyuge, un jarro ó el primer objeto que tenía á mano, y continuaba el tiroteo hasta que Luz y Jacinto mediaban, el uno con sus brazos y la otra con sus lágrimas. El mal humor duraba hasta que llegaba la hora de hacer la colación de la noche, porque el tío Blas no podía pasársela sin contar cuentecillos y hablar de sus mocedades y de la manera y modo como conoció, enamoró y trató á sus dos difuntas esposas y á la tía Fermina que era la tercera.

Acababa la conversación con alguna moraleja, y por aconsejar á su hija Luz que no se casase nunca, que en él podía ver tres tomos sobre el matrimonio.

La tía Fermina daba entonces un gruñido y el tío Blas las buenas noches: así pasaba la existencia aquella honrada familia, hasta que la calma fué interrumpida por los sucesos que forman las páginas de este libro.

II.

Decíamos que el tío Blas se entró en la cocina después de dejar al recien venido en las habitaciones mas apartadas de la hacienda.

La cocina presentaba el aspecto mas delicioso: en el ancho bracero había doce hornillas encendidas, conteniendo cada una de ellas una cazuela monstruo que despedía nubes, no de mirra ni de incienso sino de un aroma capaz de despertar el apetito de un difunto. Entre la multitud de olores llevaba la primacía el del *mole de Guajolote,* platillo nacional que desaparece de las mesas *oficiales,* proscrito como un *conquistado,* y que nosotros preferimos á las lonjas crudas ó semi-asadas de la cocina inglesa, y á las *ratas en miel* que se sirven con tanta pompa en el celeste imperio.

Gran mortandad de pichones se había verificado en el corral y á la vista de las palomas; aquello sí había estado sangriento; los *marranos* aborrecidos de Mahoma habían sucumbido, y dos terneras yacían debajo de la tierra con una pira encendida sobre la losa. Los peritos afirmaban que á las dos horas la *barbacoa* estaría en su punto; los muchachos *milperos* esperaban en torno de la hoguera el momento de la exhumación. Todo era algazara y ruido, las conversaciones se atravesaban, cada cual hablaba lo que le parecía, y la cocina era una cámara de diputados ó una Babilonia, que es lo mismo.

—¡Muchachas! gritaba la tía Fermina, esos pollos no se cocerán en todo el día, y á las cuatro se ha de servir la mesa.

A esa voz, las inditas pelaban á todo pelar, y destrozaban gallinas como si fueran doctores en visita de hospitales.

—Tú todo lo echas á perder con tus prisas, mujer, gritó el tío Blas desde la puerta.

—¡Los calzones están mal en la cocina, fuera los hombres!

—Yo no soy hombre, soy tu marido, y aunque me esté mal en decirlo, salva sea la parte, no hagas que te lo recuerde con expresiones más comprometidas.

—Y yo que me asusto tanto, dijo la tía Fermina.

—¿Señor padre, interrumpió Jacinto que era un bellaco de cuenta, no se le sirve nada al caballero que acaba de llegar?

—Tienes razón; pero no, es necesario que todos ignoren que el señor Galeana está en la *hacienda.*

—¿El señor Galeana? preguntó con extrañeza el mancebo, pues no estaba con el cura Morelos?

—Sí; y eso qué nos importa, los amos lo aprecian, y como yo soy de pecho me han confiado el secreto, porque ya te tengo dicho que al buey por el cuerno y al hombre por la palabra.

—Pero, señor padre, ese señor vendrá cansado.

—Bien, llévale una botella de moscal y unos bizcochos.

Jacinto se fué en derechura á la despensa, tomó la botella, y se dirigió al aposento donde el joven Hermenegildo Galeana aguardaba con impaciencia.

—¡Qué diablo pasa! preguntó el impaciente joven viendo entrar á Jacinto.

—El amo don Nicolás habla en esto momento con su suegro el señor Guevara y lo tiene muy entretenido, contándole sobre la orden que va á dar á sus tropas.

—Bribón, ya nos las pagarán todas juntas; no se pasan tres días sin que haga el general un escarmiento.

—¿Está muy cerca el señor cura?

—En la hacienda de la Brea.

—Como quien dice del pie á la mano.

—Precisamente.

—Y dice su merced que ya está en camino.

—¿Estás muy interesado?

—Yo lo digo en reserva, hace tiempo que deseo ir con los insurgentes, y sólo por no darle una pesadumbre al señor mi padre, sigo á revienta sinchas en la casa.

—Ya te darás gusto; porque dentro de poco tendrás que seguirnos.

—Yo sé que seré buen soldado.

—Tienes buena facha; vaya esta copa por el nuevo soldado.

—Gracias, señor amo.

—Lárgate, y dile á Nicolás que estoy desesperado.

—Con permiso de su merced me retiro.

—Con Dios, amigo mío, y no olvides que eres todo un insurgente.

—Y mucho que sí, dijo Jacinto dando una mirada terrible á Galeana, que este no pudo percibir bajo el ala del sombrero.

Luego que Jacinto salió del aposento, se fué derechura á las caballerizas, ensilló su caballo, y á todo escape se dirijió al camino que hace rumbo á la ciudad de Chilpancingo.

III.

El tío Blas continuaba en la cocina, fumando un cigarro y haciendo observaciones que tenían quemada á su adorada consorte.

—Mira, Fermina, vas á romper la *hiel* de ese animal, y todo el guisote se va á echar á perder.

—No te importa; ni te metas en camisa de once varas.

—Mira, Fermina, que ese cerdo está más crudo que cuando estaba vivo.

—No le hace.

—Fermina, que te se van á arder las enaguas.

—No eres tú el que ha de sufrir las quemadas.

—Mujer, los amos no dilatan en pedir la comida, y tú estás con una paciencia de santo.

—Es la que necesito para tolerarte, demonio de viejo, gritó Fermina fastidiada con las majaderías del tío Blas.

—Parece que te incomodas, ¿eh? pues mira que yo soy capaz de...

—¿De qué?

—De armar una de Dios es Cristo.

—Pues ármala; y te advierto que los valientes hacen mal de estar en la cocina; en las filas de los herejes insurgentes tienen su lugar.

—Es que el señor cura Morelos es tan cristiano como tú y yo.

—Calla Blas; esos endemoniados están ya entre las llamas.

—Tú me quieres matar de una cólera.

—Ya había sospechado que eras insurgente.

—Pues bien; lo soy, gritó el tío Blas con la fuerza de sus pulmones.

Un rayo que hubiera caido en la cocina, no causara un espanto mas grande que las palabras del viejo caporal.

Las indias y los criados dejaron su ocupación y se volvieron asombrados al tío Blas, como si hubiera dicho una blasfemia.

—Lo dicho, gritó el anciano, insurgente y muy insurgente; yo soy un bárbaro, pero sé que el señor Morelos es un hombre de bien y que quiere la independencia, y por eso no sirvo á los españoles sino á los mexicanos.

—¡Blas! exclamó Fermina, tú estás excomulgado; desde hoy nos divorciamos, te aborrezco como á todos los diablos: ¡cruz! ¡cruz!

La respuesta del tío Blas fué un soberano trancazo, que á no echarse hacia atras su esposa, le divide la cabeza.

La respuesta no se hizo esperar; Fermina arrojó sobre su esposo una olla llena de tripas de pollo, que vino á situarse en la mitad del rostro del caporal; entonces comenzó una de Centáuros y Lapitas que fué gloria, cazuelas, cucharas, trozos de tocino, capones; todo volaba y caía y se arremolinaba en aquel campo de Agramante; dividióse en bandas la multitud de los sirvientes, y la batalla se generalizò en toda la cocina, como diría un general.

Al ruido acudieron los convidados, y merced á sus gritos pudo calmarse aquella barahunda.

—El tío Blas y la tía Fermina ocupaban el centro del terreno como dos gladiadores, y se veían con furor y se amenazaban con los ojos y arrojaban espuma por la boca.

Don Nicolás Bravo, que ese día estaba en la plenitud de su buen humor, sacó al tío Blas de la cocina, diciendo á la tía Fermina y á su falange:

—¡Amazonas de *Chichihualco*! habéis triunfado, coronaos de cebollas y perejil, y dadnos de comer para que la victoria no sea infructuosa.

Aquella proclama restableció la alegría é hizo olvidar á los contusos y maltratados los azares de la batalla.